

Catecismo 1420 – 1421.

Capt.2. LOS SACRAMENTOS DE CURACION.

2007

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1420

1420 Por los sacramentos de la iniciación cristiana, el hombre recibe la vida nueva de Cristo. Ahora bien, esta vida la llevamos en "vasos de barro" (2 Co 4,7). Actualmente está todavía "escondida con Cristo en Dios" (Col 3,3). Nos hallamos aún en "nuestra morada terrena" (2 Co 5,1), sometida al sufrimiento, a la enfermedad y a la muerte. Esta vida nueva de hijo de Dios puede ser debilitada e incluso perdida por el pecado.

En este punto se nos dan los fundamentos bíblicos al por qué de la necesidad de los sacramentos de la curación.

Hemos recibido una vida nueva, la de Cristo, como un don inmerecido. El hombre lleva dentro un deseo natural de inmortalidad, de infinito, de felicidad plena. Dios nos ha creado con un deseo que no puede ser saciado por la mera satisfacción de nuestros instintos y de lo que nuestra corporalidad pide. Somos poca cosa, pero no nos conformamos con poca cosa. La inmortalidad es deseada naturalmente por el hombre. Cosa diferente ocurre en el animal, que sacia su deseo con la satisfacción de sus instintos. También hay que decir que el hombre, por el pecado, puede cambiar ese deseo de inmortalidad, por la búsqueda de horizontes que tienen que ver más con sus instintos. Que **"nuestro Dios sea el vientre y nuestra expectativa nuestro instinto"**. Pero eso, no es porque en el hombre no exista o haya dejado de tener ese deseo natural de Dios, sino porque el pecado ha hecho que el hombre se ponga orejeras para que no ver más de cuatro metros más allá de lo que está andando, impidiéndole tener esa perspectiva de vida eterna.

El materialismo hace que nuestros deseos sean los inmediatos e instintivos. El pan y circo de esta sociedad. Pero eso, en el fondo, es un engaño, porque al hombre le es imposible ahogar esa llamada al infinito, por mucho que se ponga esas orejeras para ver a corto plazo, intentando silenciarla. Y habrá momentos de crisis en los que el hombre tocará fondo y experimentará la vaciedad de ese horizonte tan corto.

A la vez que el hombre tiene ese deseo natural, lo que recibe de Jesucristo como vida nueva supone algo que supera todas las expectativas que el hombre pudiera imaginar. Porque se nos ha concedido ser parte de la familia de Dios en el cielo, se nos ha dado el poder decir que **"Dios es mi Padre"**. Lo que es impresionante es que ese tesoro tan grande la llevemos en "vasijas de barro".

- En primer lugar se hace referencia a **2 Co 4,7:**

7 Pero nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios.

8 Estamos atribulados por todas partes, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados;

9 perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados.

Lo importante de este texto es ver cómo Cristo ha dado al hombre la respuesta a ese deseo de felicidad, y que ese tesoro lo ha puesto en vasijas de barro, y en ello el Señor no se arrepiente. **Es el misterio de la fragilidad.** Ha puesto el tesoro de la gracia y el tesoro del Espíritu Santo en vasijas de barro. Y ha puesto el don del sacerdocio en hombre frágiles. **Caigamos en cuenta de la paradoja que existe en que lo santo esté en manos de pecadores, y que el Espíritu Santo esté habitando en un templo de carne.** Esa paradoja conlleva una necesidad de sanación, y Dios resuelve esa paradoja con una sola palabra: MISERICORDIA. Dios es misericordioso, y es capaz de estar una y mil veces cerca de nosotros sanando nuestras contradicciones, no hartándose de nuestras infidelidades, de nuestras faltas de respuesta.

Con este texto queda explicado uno de los porqués de los Sacramentos de la Curación. Tenemos consciencia de ser de barro, y el barro es muy frágil. Y Dios ha querido que esa fragilidad sea acompañada de los sacramentos de la misericordia, de sanación, que están preservando ese tesoro que Dios ha puesto en nosotros.

- El segundo texto de (Col 3,3) nos dice que esa vida nueva, que Cristo nos ha dado por los sacramentos de la iniciación cristiana, está “escondida con Cristo en Dios”. Esto quiere decir que, algunas veces, lo que nos resulta más visible y más patente en esta vida no siempre es lo más real, lo más profundo. Hay cosas que no pueden ser vistas con los ojos carnales, sino con los ojos espirituales.

1 Ya que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes del cielo donde Cristo está sentado a la derecha de Dios.

2 Tengan el pensamiento puesto en las cosas celestiales y no en las de la tierra.

3 Porque ustedes están muertos, y su vida está desde ahora oculta con Cristo en Dios.

4 Cuando se manifieste Cristo, que es nuestra vida, entonces ustedes también aparecerán con él, llenos de gloria.

5 Por lo tanto, hagan morir en sus miembros todo lo que es terrenal: la lujuria, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos y también la avaricia, que es una forma de idolatría.

Forma parte de nuestra condición humana que las cosas espirituales puedan parecer insípidas para un paladar que es carnal, mientras que las cosas corruptibles resulten sabrosas. Esa es la contradicción que llevamos en nosotros. Por tanto es necesario hacer un trabajo de sensibilización espiritual para que uno guste interiormente las cosas de Dios, para que le resulten atrayentes. El consejo que da Colosenses es el de aspirar a las cosas de arriba. Es necesario esconderse para buscar al escondido. Si uno no se oculta a los ojos de este mundo, uno no será capaz de encontrarse con Dios que habita en el interior. Quien busca la fama, el estar siempre en el candelero, es muy difícil que se encuentre con Dios, porque su

público no será Dios, sino el reconocimiento del mundo. Como tenemos esa dificultad, también por ello necesitamos los sacramentos de la sanación.

Quien se deja embaucar por el brillo de este mundo, quien está muy condicionado por el que le vean, le digan, o porque se hable de él, difícilmente va a ser capaz de encontrarse con Cristo, **necesita una purificación de esa tendencia al exteriorismo.**

- El tercer texto que se nos ofrece es (2 Co 5,1):

1 Nosotros sabemos, en efecto, que si esta tienda de campaña –nuestra morada terrenal– es destruida, tenemos una casa permanente en el cielo, no construida por el hombre, sino por Dios.

2 Por eso, ahora gemimos deseando ardientemente revestirnos de aquella morada celestial;

3 porque una vez que nos hayamos revestido en ella, ya no nos encontraremos desnudos.

Otro dato cierto que nos hace ver este punto es que, nuestro cuerpo, por su propia dimensión, tiende a la corrupción. Es bastante comprensible y lógico que, mientras zozobra la nave del cuerpo, a uno le entre el miedo a la enfermedad, sobre todo cuando se comprueba que la enfermedad va acabando con la salud corporal. El Señor tiene que venir en ese aspecto sanador para hacer sobre nosotros signos de consolación, de estar con nosotros en el sufrimiento, como un adelanto de esa morada incorruptible que nos tiene preparada.

Estas aclaraciones explicativas de porqué necesitamos los sacramentos de curación, nos hacen también entender mejor el pecado de los ángeles, aquellos que se rebelaron frente a Dios. Ese pecado es mucho más grave que el de los humanos, porque ellos no tienen esos condicionantes que hemos mencionado en la explicación de este punto. Ellos no tenían ese “ser de barro”, ni la gracia de Dios estaba escondida en ellos, ni tenían una morada terrena (cuerpo) que se deshace. Un ángel que se rebela lo hace por una soberbia pura frente a Dios, y por eso está fuera del alcance del perdón, porque un ángel que se ha rebelado contra Dios carece de un corazón arrepentido, pues su decisión es pura y simple.

1421 El Señor Jesucristo, médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, que perdonó los pecados al paralítico y le devolvió la salud del cuerpo (cf Mc 2,1-12), quiso que su Iglesia continuase, en la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso en sus propios miembros. Este es la finalidad de los dos sacramentos de curación: del sacramento de la Penitencia y de la Unción de los enfermos.

Se nos remite al texto de Mc que cuenta la curación del paralítico llevado entre cuatro y que es descolgado por el techo:

1 Unos días después, Jesús volvió a Cafarnaúm y se difundió la noticia de que estaba en la casa.

2 Se reunió tanta gente, que no había más lugar ni siguiera delante de la puerta, y él les anunciaba la Palabra.

3 Le trajeron entonces a un paralítico, llevándolo entre cuatro hombres.

4 Y como no podían acercarlo a él, a causa de la multitud, levantaron el techo sobre el lugar donde Jesús estaba, y haciendo un agujero descolgaron la camilla con el paralítico.

5 Al ver la fe de esos hombres, Jesús dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados».

6 Unos escribas que estaban sentados allí pensaban en su interior:

7 «¿Qué está diciendo este hombre? ¡Está blasfemando! ¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?»

8 Jesús, advirtiendo en seguida que pensaban así, les dijo: «¿Qué están pensando?»

9 ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: "Tus pecados te son perdonados", o "Levántate, toma tu camilla y camina"?

10 Para que ustedes sepan que el Hijo de hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados

11 –dijo al paralítico– yo te lo mando, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa».

12 El se levantó en seguida, tomó su camilla y salió a la vista de todos. La gente quedó asombrada y glorificaba a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto nada igual».

Jesús se presenta como médico de nuestras almas y nuestros cuerpos. Y bueno es que se remarquen ambas cosas porque Jesús es médico de toda la persona, y las dos dimensiones están llamadas a la eternidad. Cristo es redentor del hombre entero, que perdonó los pecados al paralítico, al mismo tiempo que le curó su parálisis. Jesús nos comprende totalmente y conoce nuestras debilidades, y el condicionamiento tan grande que supone nuestra corporalidad, sobre todo cuando el cuerpo está en situación de dolor y enfermedad. Por eso, Jesús ve legítimo que el hombre pida la sanación, y que la ciencia luche para que la salud gane terreno a la enfermedad, y eso sea un signo de lo que está por llegar, de los cielos nuevos y la tierra nueva. Por ello, Jesús ha querido que el sacerdote y el doctor estén incidiendo en el hombre entero. No olvidemos que en el sacramento de la Unción de enfermos se pide también por la sanación del cuerpo.

El don de Dios es sanador, el don de Dios nos hace hombres nuevos, el don de Dios ha tenido la paciencia de acompañarnos. El hombre no se santifica instantáneamente, sino que necesita un proceso. Ese es el misterio de la paciencia de Dios que es capaz de adaptarse a nuestros ritmos. Los sacramentos de la curación son un misterio de la paciencia de Dios, la paciencia de darnos su misericordia.

Alabado sea Jesucristo.